

# Me siento maestra, es un sueño hecho realidad

Afirma Ana María García, directora de la Escuela Especial Enma Rosa Chuy, de la capital, en entrevista con Granma



La profesora señala que las escuelas especiales preparan a los alumnos para ocupar determinados oficios. Foto: José M. Correa

■ OLGA DÍAZ RUIZ

“DESDE QUE entré por primera vez a un aula de niños necesitados de una educación especial, supe que había encontrado mi razón de ser en la vida”, confiesa conmovida esta profesora con 37 años ininterrumpidos en el ejercicio del magisterio, quien, a pesar de tener edad para retirarse, alega que no piensa irse porque le duele abandonar a sus alumnos. “Cada día me siento más comprometida con ellos, para mí esta es como si fuera mi

casa y ellos son como mis hijos”. Ana María García Correa, licenciada en Defectología y Máster en Ciencias de la Educación, continúa su obra de amor incommensurable al frente de la Escuela Especial Enma Rosa Chuy —la única de su tipo en el municipio de La Habana Vieja y donde lleva trabajando 18 años como docente—, institución en la que son atendidos en estos momentos 143 escolares de seis a 21 años diagnosticados con retraso mental.

Una realidad bien distinta a la que existía al triunfo de la Revolución, cuando el país apenas contaba con ocho instituciones de Educación Especial, a las que solo tenían la oportunidad de asistir 134 pupilos. Pero estas circunstancias dieron un vuelco de 360 grados cuando se creó el 4 de enero de 1962 el Departamento de Educación Especial, de la mano de Armando Hart Dávalos, entonces titular de esa cartera, permitiendo que la esperanza de formarse como hombres nuevos llegara a todos, al recibir una formación integral.

En el caso de Ana María, como en el de muchos otros profesores, no siempre ha sido sencillo, “es un trabajo muy personalizado y complejo, que exige una preparación esmerada de todos los profesionales vinculados a esta enseñanza, y que entraña a su vez una responsabilidad enor-

me”, comenta, y relata que al llegar a la primera escuela donde impartió clases “el impacto fue muy fuerte, pero realmente me gustó, me llegaron al corazón estos niños y me preparé para dar respuesta a todas sus necesidades. Hoy me siento muy realizada en mi profesión”.

Cómo no estarlo cuando a la luz de estos tiempos la Educación Especial en Cuba está concebida como un sistema de escuelas, modalidades de atención, recursos, ayudas, servicios de orientación y capacitación, puestos a disposición de los escolares, de sus familiares y educadores, para garantizar, además de su instrucción, su adecuada incorporación a la vida social y laboral como trabajadores activos de la sociedad con igualdad de derechos.

En este punto, Ana María expone que, por lo general, los centros de Educación Especial preparan a los alumnos para que a la edad promedio de 18 años puedan ocupar oficios deficitarios como auxiliares de comedor, de cocina, recepcionistas, ayudantes de albañil, costureras, trabajadores de talleres protegidos, y en menores casos, como operarios, siempre bajo la tutela de un trabajador y con el seguimiento de los especialistas de la institución. Esto es posible porque “desde que los muchachos entran a la escuela se vinculan a diferentes talleres y

círculos de interés que les muestran todas estas habilidades”, agrega.

En cualquier caso, la familia es un pilar importante para que estos niños pisen sólido en el camino a su independencia. “Desde luego desempeña un papel trascendental —apunta Ana María— porque la escuela no puede funcionar correctamente sin el apoyo de los padres y tutores, y a la hora de insertar a los muchachos a trabajar, el respaldo hogareño debe ser total. Lograr ese apoyo con que hoy contamos exigió del claustro prepararse bien y educar también a los familiares para enfrentar este momento”.

Es cierto que esta es una labor ardua, que requiere poner mucho empeño y sobre todo mucho amor, que tiene que nacer del alma para que llegue a estos niños. “Nos hace muy felices verlos incorporarse a la vida laboral, saber que son aceptados y queridos en la comunidad, y que no se han convertido en una carga para la sociedad, sino que muchos de ellos logran formar una familia y un hogar”, revela Ana María. “Ahí es donde se ven los resultados de la escuela y los míos como profesora. Si tuviera otra oportunidad, tomaría el mismo camino, me siento maestra, es un sueño hecho realidad”.

## Tabacaleros cosechan frijoles

■ RONALD SUÁREZ RIVAS

El tema no tiene nada de improvisación. Toda la vida, campesinos como Pedro José Camps, de Pinar del Río, han cosechado frijoles en áreas tabacaleras en rotación, con la intención de obtener alimentos y al mismo tiempo, mejorar los suelos.

“Es una práctica apropiada para la tierra, porque le sirve de fertilizante”, argumenta Pedro José. Por ello, la iniciativa de potenciar el cultivo del grano en vegas de Vueltabajo —puesta en práctica a partir de este año— descansa en un experimentado grupo de agricultores que durante mucho tiempo reclamó lo que ahora acaba de recibir: medios para trabajar.

El propósito es reducir la importación de frijoles, a partir de la entrega de insumos a los campesinos, en busca de un incremento de la producción.

“Se trata de aprovechar la infraestructura vinculada a las plantaciones tabacaleras, es decir, sistemas de riego, implementos de labranza y de tracción animal, a fin de obtener altos rendimientos sin necesidad de realizar la costosa inversión que demandaría habilitar nuevas áreas”, explica Enrique Cruz, quien dirige la actividad en la provincia.

■ DOS CAMPAÑAS AL MISMO TIEMPO

El nuevo programa no compite en modo alguno con el tabaco, advierte Enrique. “Su desarrollo tiene lugar en áreas de rotación y en áreas disponibles que tienen los productores. O sea, son tabacaleros que están llevando las dos campañas al mismo tiempo”.

En total serían 3 084 hectáreas de frijol, conveniadas con 2 448 campesinos, a quienes se les ha suministrado un paquete tecnológico que comprende abono, dos tipos de fertilizante foliar, insecticidas, pesticidas, nitrato y combustible para el riego.

Con ellos se espera un rendimiento aproximado de una tonelada por hectárea, muy superior a lo que hasta ahora, sin respaldo de recursos, aportaban los suelos.



Tradicionalmente, los campesinos han cosechado frijoles en áreas tabacaleras en rotación, con el propósito de obtener alimentos y mejorar los suelos. Foto del autor

■ LUCES Y SOMBRAS

Aunque el principal objetivo es la reducción de importaciones mediante la entrega al Ministerio de Comercio Interior (MINCIN), para cubrir parte de la asignación de la canasta básica, la iniciativa posee otras ventajas. “La siembra de frijol en áreas tabacaleras resulta beneficiosa para la tierra, pues se trata de una leguminosa que actúa como mejoradora, le incorpora los residuos de cosecha y fija el nitrógeno”, afirma Enrique.

No obstante, esta primera experiencia no ha estado libre de contratiempos. Por un lado, los agricultores refieren atraso en la entrega del combustible prometido.

Por otro, se lamenta la falta de semillas de categoría, que seguramente arrojarían mejores resultados. En ese sentido, aprovechando la experiencia del sector tabacalero, se comenzó a trabajar en la creación de simientes de alto potencial, pero no será hasta la campaña del 2012 que todos los productores dispongan de ellas.

■ MANOS A LA TIERRA

Aun así, a pocas semanas del inicio de la recolección,

se asegura que el estado general de las plantaciones es muy saludable.

En ello tiene mucho que ver la posibilidad de aplicarles insumos que antes no se disponían, y también con un clima favorable y aguaceros esporádicos que han contrarrestado la falta de combustible para el riego.

La decisión de incrementar el área cultivable ha sido la primera respuesta de los campesinos a esta iniciativa.

Ese es el caso, por ejemplo, de Rogelio Ortúzar, de la Cooperativa de Crédito y Servicios (CCS) 26 de Julio, en Consolación del Sur, quien decidió crecer de 10 a 17 hectáreas.

De ellas, una parte está destinada a la obtención de semillas de frijol negro y de “caupi”, una variedad desconocida hasta ahora en Vueltabajo y que se da todo el año.

Como él, muchos otros en la Cooperativa han hecho lo mismo, elevando la superficie cubierta por frijoles a 121 hectáreas.

“Aquí siempre se sembró, pero no esta cantidad”, comenta Rogelio.

“Anteriormente era menos área, dedicada sobre todo al autoabastecimiento. No había recursos para hacer más y sin ellos, por más que uno guapee, la tierra no te da lo mismo.”

“La cosecha se hacía desviando para los frijoles una parte de los insumos asignados al tabaco”, confiesa Pedro José Camps.

El hecho de que una porción del abono y los insecticidas recibidos por los productores tabacaleros fuera a parar a los sembrados de frijol, constituye un secreto a voces que ya no habrá necesidad de mantener.

A cambio, la decisión de potenciar el cultivo deberá revertirse en rendimientos superiores a los obtenidos hasta ahora, a fin de hacer efectiva la sustitución de importaciones y demostrar que los campesinos cubanos —que hasta ahora solo eran capaces de lograr su autoabastecimiento— también pueden producir frijoles.